

El vestido de gitana de mi madre acecha oscuro encima del armario. Es verde con grandes lunares negros. Cuando se lo pone es la mujer más guapa que ha pisado el planeta, pero lleva muchos meses ahí tirado y estoy harta de verlo desde la cama. De día no me inquieta demasiado, pero al quitarme las gafas para dormir los volantes borrosos se convierten en una enorme serpiente enroscada y cada noche me tapo la cabeza con la manta para que no me vea. Sería más fácil confesar que me da miedo, pedir que lo guarden en otro sitio, que sería también mejor para el vestido, tratar de imponer algo de razón al espejismo, pero esas ideas ni me las planteo. Las cosas son como son. Ya da igual de todas formas, en cuanto apago la luz sigo viendo la serpiente por mucho que cierre los ojos.

Hay ruido en el salón. Mi madre duerme allí porque vivimos en casa de la abuela y no hay cuartos suficientes. Antes hemos pasado por otros sitios pero apenas me acuerdo. Yo tengo mi propia habitación. Eso me hace sentir muy culpable. Un lujo desagradable. Aunque la pared esté forrada de un papel rosa con nubes blancas, es demasiado tenebrosa y no hago más que empeorarlo cubriendo la ventana de pegatinas. No puedo evitarlo, colocarlas ahí me da sensación de riqueza.

Tengo miedo, ganas de quejarme, de llorar un poco, más que de saber lo que ocurre. Pero me aguanto y espero. Mi madre entra a oscuras, me coge en brazos y me saca de la cama. Ocupo poco más que un bebé y la altura de su pecho resulta vertiginosa. Me lleva al salón como una ofrenda valiosa. Me cuesta despegar los ojos. Las luces duelen. No sé qué va a pasar y sigo sin gafas. Ella está nerviosa, perdida en una mezcla de cansancio y precipitación. Se nota que no es más que otra niña asustada en medio de un lío del demonio. En el sillón hay algunas cajas de juguetes sin envolver. Mi abuela está junto a la puerta de la casa. Intuyo que lleva puesta la bata azul y que tiene la cara muy seria. Abre la puerta y entran tres hombres con ropas brillantes armando jaleo. Dicen que son los Reyes Magos. Mi madre ni está contenta ni me pide que lo esté ni me suelta. Su pecho palpita como el de un toro. No piso el suelo. Baltasar acerca mucho la cara y habla sobre una cabalgata cargada de regalos que está por venir en mi honor, con tantos camellos que colapsarán la calle. Por qué no hoy, Baltasar, si hoy es el día. Me dan asco sus churretes negros derritiéndose y no quiero que me pringue. Preferiría ir a ver los juguetes de cerca y abrirlos ya, pero todavía no puede ser. Hay que esperar a que amanezca.

En menos de cinco minutos vuelvo a la cama como si nada, desorientada y confundida, imaginando esa poco probable procesión de interminables presentes. No recibo ninguna explicación. Los ronquidos de mi abuela no tardan en marcar la tranquilidad del hogar como un sereno insistente. Todavía no he cumplido cuatro años pero se me dan bien las cuentas. Esos no podían ser los Reyes Magos. Olían fuerte y raro. Ácido, ahumado. Han llegado con trajes deslumbrantes pero mal puestos. Venían con las manos vacías. Los regalos estaban ya sobre un sillón cuando ellos entraron, y les abrieron la puerta a destiempo. Está bastante claro que no es el tipo de majestad en el que me han enseñado a creer. Además aquí venía liderando Baltasar,

era el protagonista, el que daba más miedo, y todos los que me conocen saben de sobra que mi rey es Melchor.

No sé quiénes serían esos tres, pero lo único que han conseguido es quitarme el sueño y chafarme la sorpresa de mañana. Los verdaderos Reyes no mantienen conmigo la conexión mental que esperaba y no han traído lo que pedí. Yo quería un peluche grande de Snoopy vestido de piloto y una Chabel Lluvia, la del anuncio de ambiente nocturno basado en aquella película con bailes que vi a trozos. Me encantan las películas viejas con música y coreografías en grandes escenarios, donde todo está limpio y pulido, donde los colores parecen pintados y los rizos nunca se vienen abajo. También me gustan las de romanos. Ojalá pudiera ser mayor y escapar a tanto desconcierto. Elegiría una vida en blanco y negro con tacones de los que no hacen daño. Colocaría un árbol de Navidad que llegara hasta el techo y ahogaría a mis amigos en regalos. Todo sería más fácil si no fuera tan repipi. Intento ocultarlo pero se me ve el plumero. Los anuncios de colonia, los bailes de la tele, las casas de muñecas, Xuxa. Adoro las cursiladas. La serpiente mansa y gruesa sigue encima del armario, pero ahora tengo otras cosas en la cabeza.

La mañana del seis de enero brilla una luz distinta, muy amarilla. Lo de anoche apenas me perturba. Estoy acostumbrada a ver el cielo despejado pero las escenas parecen hoy antiguas postales para el futuro. Abro las cajas como si las hubiera olvidado y reconozco que los juguetes nuevos emanan un encanto especial. Hay una Barbie St. Tropez en bañador que trae un peine de buen tamaño. Admiro el peine durante bastante rato antes de abrir el armario rosa, también de Barbie. No sé qué voy a meter dentro, vestidos no tengo ni uno, pero viene con tres perchas y está muy bien de espacio. Los siete pañuelos de tela, uno con un ratón estampado para cada día de la semana, no llaman en absoluto mi atención. A ver si se pasa la

moda de regalar pañuelos. Muy chunga se tiene que poner la cosa para que los niños recurramos a esos trapitos. Antes me sueno los mocos con una bayeta. El oso de peluche rosa sin embargo me ha enternecido. Lo abrazo y pego saltos y lo coloco a mi lado para medir por dónde llega. Me preguntan qué nombre le voy a poner. Lo tengo clarísimo. Mi tío pediatra, el que vela por mí cada vez que necesito que me velen, el gran héroe al que idolatro.

—¡Pepe! —respondo.

—¿Otro Pepe?

—¡Sí!

—Pero si ya tienes dos Pepes.

—Pues otro Pepe. Éste va a ser el Pepe Rosa. ¡Pepito!

—Entonces vale.

El oso de peluche me ablanda el corazón y ahora miro los pañuelos con ternura. Saco uno y lo acaricio, curándolo de los malos pensamientos que antes le dediqué. El ratón del lunes va vestido de cartero, muy dulce. Esto no ha estado mal después de todo. Acabo de descubrir que el roscón está buenísimo. Algunos niños pasean sus juguetes por el patio mientras repito desayuno. Unas vecinas llaman a la puerta. Por lo visto en casa de la Tata ha aparecido un paquete con mi nombre. La Tata no es familia pero vive en el piso de arriba y la conozco desde que nací. La palabra *Tata* tiene un significado ambiguo y tierno muy concreto. Creo que es menos que abuela pero más que tía, y sin duda más que vecina. Si me viera sola ante un problema inesperado su casa sería la primera a la que acudiría.

La noticia del regalo sorpresa me llena de curiosidad y lo descubro en medio de un corro de piernas viejas. Es un maletín con accesorios brillantes para disfrazarse de princesa. Una corona, pulseras y no sé qué más. Lo miro sin decir nada. Una cosa es ser una cursi y otra una hortera. Entre las enormes figuras reina un silencio incómodo hasta que la Tata pregunta con cariño:

—¿Te gusta?

Me han enseñado a no decir mentiras, así que miro hacia arriba y sacudo la cabeza en señal de negación. Todo el mundo se desinfla. Pensaba que había hecho lo correcto, pero ahora me siento terriblemente culpable. La Tata agarra el regalo y se marcha hablando de devoluciones. Miro a mi madre encogida de hombros sin entender lo que acaba de pasar. Se agacha y me habla:

—Marina, hija, cuando te hacen un regalo tú tienes que hacer como que te gusta aunque no sea verdad.

—¿Por qué?

—Porque si no el que te lo ha regalado se pone triste.

—¿Por qué?

—Porque pensaba que te iba a gustar y le da pena no haber acertado.

—¿Y se ha puesto triste la Tata?

—Sí.

—Pero yo no quería que se pusiera triste.

—Ya lo sé, hija —me abraza y suspira—. ¿Pero lo entiendes?

—Sí, lo que pasa es que entonces nunca me van a regalar algo que me guste.

—Tú dime a mí lo que te gusta y ya verás. Y si no te gusta algo que yo te regale me lo puedes decir que no pasa nada.

—¿Te has enfadado, mamá?

—No, no pasa nada, tú no sabías lo que había que hacer.

—¿Y la abuela?

—Tampoco.

—¿Y la Tata?

—No lo sé, pero si se enfada ya se le pasará, que tampoco era para montar drama, si a la niña no le ha gustado pues que le den por culo al regalo, qué quieres que te diga.